

Para los efectos del presente estudio no intentaremos hacer una definición genérica del nacionalismo como doctrina, ni mucho menos una argumentación filosófica que pretenda erigir tal doctrina o escuela política en una especie de derivación lógica y natural de tal o cual cosmovisión, tendencia filosófica, fe religiosa o vertiente ideológica. El objetivo de este trabajo es muchísimo más limitado y menos ambicioso, por cuanto sólo aspira a lograr una imagen didáctica del nacionalismo chileno en tanto fenómeno político concreto, corporizado, personalizado, definir sus alcances, analizar críticamente sus tendencias, verificar la validez de sus proposiciones y determinar si puede ser considerado como alternativa viable de sustitución del sistema. Aun cuando hemos dicho que el objetivo es poco ambicioso. El mero listado de enfoques que pretendemos hacer sobre el tema constituye un extenso trabajo, si pretendemos pasar de la simple y a veces engañadora superficie de los hechos, los personajes y las circunstancias históricas. Vamos, pues, a nuestro asunto.

Portales

Si bien es cierto que ya en el Siglo XIX podemos hablar de nacionalismo en Chile (entendido en el sentido que le queremos dar en este estudio, es decir, no sólo como sentimiento de amor a la patria, sino básicamente, como doctrina del ser nacional), sólo en los inicios del presente siglo tal doctrina adquiere cuerpo político y expresa coherentemente sus ideas. En efecto, la creación de Portales, el llamado “Estado en forma”, debe ser considerado una creación nacionalista, no sólo en sus aspectos constitucionales, sino, sobre todo, porque tal construcción política fue capaz, en medio siglo de otorgar a los chilenos una sólida conciencia de nacionalidad, de unidad por sobre todo, la que, manifestada ya en Yungay, llega a su máxima expresión en la movilización nacional en pos de la victoria en la Guerra del Pacífico. Por otra parte, la estabilidad del sistema, sus abundantes logros materiales, el sitial que alcanza Chile en el concierto internacional en este periodo nos hablan de un Chile en el cual, evidentemente, existe armonía entre el orden social y el Estado, en el que el sistema político institucional responde con realismo a los mecanismos sociales.

Ahora bien, esta constatación del periodo portaliano como marcado por una impronta nacionalista en sus realizaciones y en su espíritu no debe ser confundida con la existencia de una doctrina o escuela política nacionalista. En el fondo, el periodo portaliano nos habla de una visión claramente definida en términos que hoy podemos llamar nacionalistas, y una nación a la que la creación de este hombre le calza como un guante, pudiendo prolongarse su obra y su espíritu por alrededor de medio siglo. No existe una doctrina explicitada que guíe el actuar de los gobernantes, ni una élite política que comparta determinados principios establecidos. Ni siquiera la existencia misma del “portalianismo” como espíritu implícito o subyacente al sistema es reconocida.

Es precisamente este espíritu, derrotado definitivamente en 1891, lo que reclamarán los primeros nacionalistas de inicios de este siglo, quienes surgirán como reacción frente al decadente parlamentarismo, a las teorías económicas

¹ Arquitecto (1981, Universidad de Chile-Valparaíso) y Magister en Filosofía (2012, Universidad de Valparaíso). Otros datos disponibles en ficha de autor: <https://www.mrns.cl/w3/index.php/biblio/60-biblioteca/ref/214-javasquezm>



liberales vigentes y a la injusticia social exacerbada por la caída del mercado del salitre.

La generación de 1910

Personajes de precedencias y estratos muy dispares, tales como Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Guillermo Subercaseaux, Francisco Antonio Encina y otros, coincidirán en el diagnóstico de la crisis del sistema parlamentario y... a veces organizados, otras desde trincheras personales, propondrán una alternativa que ya se autodenomina explícitamente nacionalista, basada esencialmente en el fortalecimiento de la autoridad presidencial, en el proteccionismo económico y en la recuperación del sentido de nacionalidad, perdido por la extranjerización de las costumbres, por el afán imitativo de la oligarquía y por el internacionalismo emergente en diversas corrientes ideológicas que comienzan a hacer su aparición en el, hasta ese momento, provinciano ambiente político chileno.

Esta primera aparición del nacionalismo logra cuajar en la primera organización, la Unión Nacionalista, la que luego se transforma en Partido Nacionalista, de efímera vida, pero cuyos postulados resurgirán una década después, en las revoluciones militares de 1924-1925, las que pondrán término al periodo parlamentario y darán origen a la Constitución de 1925, de carácter presidencial, y a una legislación laboral y social que intenta poner atajo a la injusticia y a la miseria que subsistían ante la indiferencia de la oligarquía.

En su primera expresión política coherente, el nacionalismo en Chile aparece, más que como una alternativa de sustitución del sistema, como una posición crítica de los vicios de este (nos referimos, por supuesto, al sistema demoliberal burgués, no a sus subespecies presidencial o parlamentaria). Cabe hacer notar que, en esa época, aún no surgían las grandes tendencias ideológicas internacionales, y los partidos compartían una variedad de tópicos relativos al orden social y a la democracia, la que era entendida no como un sistema de vida, tal como luego la definiría Maritain, sino solo como un mecanismo válido para la sucesión en el poder y para ventilar ideas. Tan sólo existían diferencias de matices y acentos. No obstante, sutilmente algunos partidos minoritarios comenzaban a levantar banderas de reivindicación clasista, preludiando con ello la embestida internacional del comunismo, la que influiría poderosamente en la transformación del medio político chileno, y en la aparición del nacionalismo moderno.

El nacionalismo de entreguerras

Como hemos dicho anteriormente, las ideas y los temas básicos del nacionalismo se encuentran presentes en los cambios políticos y sociales de los años 20, no obstante, la ausencia del nacionalismo como expresión política organizada en estos acontecimientos. Por otra parte, no debe descartarse la influencia ejercida por los acontecimientos ocurridos en Europa al término de la Primera Guerra Mundial y posteriormente. Efectivamente, la Revolución Rusa, el establecimiento del fascismo en Italia, la dictadura de Primo de Rivera en España, la República de Weimar, etc., muestran la conformación de grandes bloques ideológicos internacionales, que comienzan a gravitar en forma considerable en la política interna de los Estados. Chile no está ausente de este fenómeno de internacionalización de la política. Es así como comienza a hacerse cada vez más importante la presencia de un Partido Comunista notablemente organizado y disciplinado. Por otra parte, las Encíclicas Papales, en especial "Rerum Novarum", introducen la llamada "cuestión social" entre las inquietudes de los círculos conservadores católicos. El pensamiento corporativista, tanto de vertiente católica como de vertiente fascista, hace su aparición en círculos universitarios y políticos. La política deja de ser patrimonio de unos pocos y se masifica en forma acelerada. Los partidos se identifican con la



estratificación de la sociedad, ideologizando el conflicto social. Entre los años 24 y 32, Chile vive un periodo de gran efervescencia e inestabilidad política. Del reemplazo del régimen parlamentario por el presidencialismo, el país pasa por la dictadura de Ibáñez, la llamada República Socialista, la sublevación de la Armada y la vuelta al régimen democrático representativo. La depresión financiera internacional de 1929 afecta en forma notable el panorama político nacional, radicalizando las posiciones, fortaleciendo a aquellas que reflejan las tendencias internacionales en auge. En 1932 el abogado Jorge González von Marées crea el Movimiento Nacional Socialista (M.N.S.), el cual adopta el modelo y la dinámica de los movimientos fascistas en auge en Europa, en especial del N.S.D.A.P. alemán, el que en 1933 accede al poder. El MNS pronto ganará espacio, especialmente entre la juventud universitaria, y se hará notar por su activismo, su disciplina, su mística y su disposición a hacer uso de la violencia para alcanzar sus objetivos. Aún cuando en su nacimiento puede considerarse como decisiva la influencia del nazismo alemán, pronto asumirá peculiaridades que lo alejan de su modelo original, haciendo hincapié en el aspecto social y ubicándose a la izquierda del espectro político, aun cuando llega al enfrentamiento físico con las milicias marxistas. Influye en su radicalización izquierdista el hecho contingente de ser oposición a un gobierno derechista. No obstante lo anterior, elabora una gran cantidad de material doctrinal que lo sitúa si duda dentro de los grandes temas que plantean en Europa las corrientes nacionalistas en auge: corporativismo, anticomunismo, anticapitalismo. El desenlace de los hechos del 5 de septiembre de 1938 hará variar fundamentalmente su posición, integrándose al Frente Popular como Vanguardia Popular Socialista, privilegiando los aspectos más radicales de su izquierdismo inmanente. Elementos descajados del primitivo MNS, junto a nacionalistas provenientes de otros grupos menores formarán el Movimiento Nacionalista de Chile, dirigido por Guillermo Izquierdo Araya, que intentará mantener una línea más ortodoxa que la sustentada por la VPS.

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial traerá como consecuencia la estigmatización de las posiciones nacionalistas, como un reflejo de la derrota sufrida por el eje a manos de la alianza democrática marxista. El nacionalismo verá así atada su suerte a los vaivenes de la política internacional, lógica consecuencia de la internacionalización de la política, de la conformación de grandes bloques imperialistas y de su propia identificación, si no estrictamente con la contingencia bélica europea, con las grandes líneas ideológicas que el fascismo, como fenómeno político genérico, ha trazado. Esto lo llevará a una posición de marginalidad de la cual aún no logra salir. Un ambiente de semiclandestinidad teñirá el actuar político nacionalista, haciéndolo oscilar entre el derrotismo y el activismo conspirativo inmedatista. La continua estigmatización del fascismo y, por reflejo, de toda posición nacionalista, terminará por fascistizar a prácticamente todo el nacionalismo chileno. Una serie de ritualismos y formalismos externos serán asumidos como propios y, en un círculo vicioso de acusaciones y actitudes desafiantes, harán este proceso cada vez más profundo.

Al margen de lo anterior, ha surgido una corriente intelectual hispanista católica, que obviando el fenómeno fascista, liga a un sector del nacionalismo con el tradicionalismo católico. Esta corriente, a pesar de lo valioso de su análisis histórico, no trascenderá de los círculos intelectuales y universitarios. Como será norma a partir de entonces, el nacionalismo acusa un profundo divorcio entre sus élites pensantes y el conjunto de la militancia activa. A diferencia de lo que ocurre en otras corrientes políticas, en las que la élite pensante forma parte o está detrás de la jerarquía interna del partido, en el nacionalismo las jerarquías surgen en general de entre quienes se entregan a la contingencia y al activismo, en tanto que la intelectualidad mantiene la mayor distancia posible de todo cuanto tenga relación con política contingente y se aparte del pensamiento puro. Cabe atribuir esta situación a la propaganda adversa, la que, en todo aquel que se identifique con



determinados planteamientos, ve a un fascista, siendo para los intelectuales una pesada carga u obstáculo para la conservación o la gestión de su prestigio académico. Por otra parte, esta élite intelectual se adscribe en general al hispanismo tradicionalista, en tanto que la militancia activa sostiene posiciones bastante más radicales en general. Este divorcio se mantiene en la actualidad y, aparentemente, se mantendrá en el futuro, en tanto la contrapropaganda persista en la identificación entre fascismo genérico y nacionalismo local, y en tanto el mismo nacionalismo mantenga indiscriminadamente como referente histórico movimientos y situaciones históricas que difícilmente pueden servir para otro propósito que para desfigurar su mensaje e introducir la confusión en la opinión pública y entre la misma militancia. Contribuye a lo anterior el hecho que cada vez que un grupo nacionalista ha intentado simplistamente, eliminar las influencias externas, considerando la posibilidad de crear una especie de doctrina “auténticamente chilena para los problemas chilenos”, sólo ha logrado generar posiciones ambiguas y de compromiso, lugares comunes y buenas intenciones, desde nuestra perspectiva de análisis, no es acertado buscar la “solución chilena a los problemas chilenos”, dado que estos últimos se producen debido, precisamente, a nuestra inserción dentro del drama mundial, y no estamos ajenos, ni mucho menos, al juego de tensiones imperialistas, a la política de bloques y a la existencia de un mundo desarrollado y un mundo subdesarrollado, de naciones ricas y naciones pobres; es decir, dado que el orden de nuestros problemas no es endógeno, del mismo modo es válido que un auténtico nacionalismo plantee que la solución a ellos provenga de una toma de posiciones que asuma ciertas constantes, ciertas premisas válidas universalmente, aplicándolas con realismo a nuestra peculiar realidad nacional. Lo contrario no es más que chauvinismo superficial o ingenuo.

Del mismo modo, posiciones ultraortodoxas, de escasa significación numérica, pero de importante influencia en lo doctrinal, han contribuido a marginar al nacionalismo, considerando que su oposición al sistema implica necesariamente una acción desde el exterior, o bien operar sobre el cuerpo social mismo, olvidando o ignorando los mecanismos propios del sistema. En la práctica, esta acción marginal, no ha dado lugar más que a ciertas prácticas conspiratorias sin éxito y algunas incursiones poblacionales y sindicales que no han logrado arraigo, además de la creación de un estilo de secta, alienante de la realidad, siempre dispuesto a tachar como “burguesas” a posiciones más pragmáticas.

El nacionalismo de postguerra

La Guerra Fría, el conflicto este-oeste y el macartismo influirán notablemente en el nacionalismo chileno de postguerra. Fragmentado, confuso y disperso, diversas y variadas expresiones verán la luz. En el sector más ortodoxo podemos mencionar al Movimiento Revolucionario Nacional Sindicalista (MRNS), movimiento señero en muchos aspectos, iniciador del llamado nacionalismo revolucionario en Chile. De larga trayectoria, su influencia doctrinaria alcanzará a la mayoría de los otros grupos que operan en la actualidad. En el fenómeno del ibañismo confluyen por otra parte el grupo estanquero, de Jorge Prat, muy marcado por el macartismo y por el enfrentamiento este-oeste, constituye lo que se puede denominar como ala derecha del nacionalismo, y el Partido Agrario Laborista, gran recipiente de diversas y variopintas expresiones políticas, unidades en torno a la figura del General Ibáñez, entre las cuales se incluyen figuras y grupos de larga trayectoria nacionalista, los que ven en Ibáñez al hombre que logrará crear, revolucionariamente, el Estado Nacionalista de Chile, siguiendo las aguas de Perón, que desde Argentina levanta la bandera de la tercera posición, basada en la justicia social, la independencia económica y la soberanía política. De hecho, en este periodo se produce un importante intercambio entre los grupos nacionalistas argentinos y chilenos. La caída del régimen peronista a manos de la oligarquía criolla, apoyada por el Departamento de Estado norteamericano y por el comunismo local, termina con los



sueños de construir una alianza política en el cono sur, capaz de enfrentarse de igual a igual con los imperialismos. Terminará también con ello la presión ejercida de Argentina sobre el gobierno de Ibáñez para que este adoptara una política más definida. Esto producirá apatía política del régimen y la desilusión y dispersión de sus partidarios. El agrario laborismo se diluirá en distintas corrientes políticas, desde la Democracia Cristiana hasta el Partido Socialista, pasando por el PADENA y por una serie de grupos de efímera existencia.

El nacionalismo se acerca a una de sus horas más oscuras, manteniéndose sólo el pequeño MRNS, el que mantiene su presencia a través de distintas publicaciones en Santiago, Valparaíso y Concepción. Su actitud lo lleva a enfrentar acusaciones ante los tribunales durante el gobierno de Jorge Alessandri.

La siguiente oportunidad para el nacionalismo se presentará en el periodo de los años 63, 64, en el cual se levanta la precandidatura de Jorge Prat, cuyo eje será el Movimiento Acción Nacional, sustentado en una gran mayoría de independientes y con el apoyo táctico del MRNS. La ambigüedad de sus posiciones, el fallido intento de constituirse en una gran tienda democrática y anticomunista, y el abandono de la derecha la que, al carecer de candidato propio, prefiere dar su apoyo al demócratacristiano Eduardo Frei M., abandonando incluso al radical derechista Durán, ante el peligro de un triunfo de Salvador Allende, candidato del Frente Acción Popular (FRAP), no harán prosperar esta precandidatura. El nacionalismo no aprenderá con esta experiencia respecto del peligro de las alianzas con la derecha. Al contrario, sólo dos años después de haber sido abandonados por esta, los restos de Acción Nacional concurren en 1966, junto con liberales y conservadores, a la creación del Partido Nacional, el que pasará a ser la expresión única de la derecha chilena, quedando las intenciones nacionalistas reducidas a algunas vagas consideraciones en el texto de la "Nueva República", principal documento doctrinario programático del partido. A poco andar, el gestor de esta inclusión nacionalista en la derecha, Jorge Prat, hará abandono del partido.

La llama del nacionalismo ortodoxo seguirá siendo mantenida por el MRNS, reducido a la condición de escuela política. A partir de la fundación de la revista Forja, la doctrina nacionalista se enriquecerá profundamente e influirá en las definiciones de prácticamente todos los grupos que surjan con posterioridad.

Los años finales del gobierno demócrata cristiano verán al país sumido en una grave crisis institucional. Uno a uno los pilares básicos en los que se sustenta el sistema son sometidos a serias pruebas: la universidad, luego de un periodo de cuestionamiento de sus estructuras y de gran agitación, comienza un periodo de reforma, de desastrosas consecuencias. El Poder Judicial se ve afectado por la primera huelga de su historia. La Iglesia Católica ve surgir en su seno las primeras manifestaciones de la penetración de la ideología marxista entre el clero, las que se expresan por primera vez en la toma de la catedral de Santiago por el Movimiento Iglesia Joven. El terrorismo hace su debut con la irrupción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La estructura agraria tradicional se ve conmovida por la reforma agraria, generando o radicalizando el enfrentamiento de clases. En fin, el ejército mismo muestra la profunda crisis por la que atraviesa el sistema político institucional; el 22 de octubre de 1969 se produce el acuartelamiento del Regimiento Tacna, bajo el mando del General Roberto Viaux.

Todos los síntomas demuestran que el sistema periclita. La hora del nacionalismo parece acercarse. Sin embargo, al igual que en la revolución militar del 24, que en la hora del Ibañismo o en la de Jorge Prat, no estará a la altura de los acontecimientos históricos, ni como organización, ni en su capacidad de evaluar los procesos sociopolíticos. La mayor parte del nacionalismo ha jugado la carta electoral derechista, apoyando la candidatura de Jorge Alessandri. Destaca por su



soledad la posición mantenida por el nacional-sindicalismo, el que plantea que “las elecciones pasarán”, y que ninguna de las tres candidaturas traerán consigo la renovación institucional deseada por el nacionalismo revolucionario, decretando libertad de acción para sus militantes.

El triunfo del candidato marxista marcará la hora final del sistema. Esto, que debió haber sido considerado por el nacionalismo como un elemento positivo y un incentivo para la organización y para la acción, es evaluado, en la óptica derechizante con que se han enfrentado los hechos, como una tragedia. Un errado análisis lleva a la confusión de medios y fines, embarcándose algunos sectores del nacionalismo en la desgraciada aventura golpista que concluye trágicamente con la muerte del General René Schneider.

Cabe hacer aquí un paréntesis en la historia de los hechos y analizar un tema propio de la mitología nacionalista, que ha guiado por épocas su accionar político: el tema de la misión nacional del Ejército y las FF.AA.

Nacionalismo y FF.AA.

Recordemos que ya en 1938, la acción del MNS en el Seguro Obrero y en la Universidad de Chile busca una intervención militar, la que no se produce, desatándose la masacre. Con posterioridad, el llamado “ariostazo” es respaldado e impulsado por nacionalistas. Durante el periodo de Ibáñez también se busca que el proceso sea guiado y controlado por militares. Más adelante, el nacionalismo verá con entusiasmo los primeros síntomas de descontento en el ejército. En el año 1969, el Mayor Marshall y el Capitán Nieraad se transformarán en héroes por el sólo hecho de negarse a rendirle honores a Frei. Del mismo modo, el acuartelamiento del General Viaux en el Regimiento Tacna, realizado por motivos estrictamente materiales e institucionales, sin ninguna intencionalidad política, se transforma en un verdadero símbolo, y el General Viaux en un líder indiscutido. Al año siguiente, todas las acciones terroristas o conspirativas estarán encaminadas a provocar las condiciones necesarias para un golpe de Estado de las FF.AA. Ya durante el gobierno de la Unidad Popular, la presión psicológica ejercida por el nacionalismo sobre las FF.AA. se transforma en aspiración, secreta o manifiesta, de todos cuantos se oponen al marxismo, ya sea desde trincheras partidistas o gremiales. En el fracasado levantamiento del 29 de junio de 1973, el papel protagónico le cabría a un movimiento nacionalista, y la subsecuente campaña de desestabilización que desembocará en el golpe militar del 11 de septiembre también será obra del mismo grupo. El nacionalismo en general recibe el gobierno militar como el artífice de la revolución nacional tan esperada. Para ello, aparentemente, no hay necesidad de cooperación, de ningún modo, puesto que, para el nacionalismo, las FF.AA. son intrínsecamente nacionalistas y se bastan así mismas para tal obra histórica. Más aun, para contribuir a la “pacificación de los espíritus” del nacionalismo, en un gestor generoso, procede a disolver sus organizaciones, aprestándose a sentarse cómodamente en la galería para observar el espectáculo de las FF.AA. construyendo el orden nuevo nacionalista. Aun en la actualidad, luego de la experiencia de 13 años de gobierno militar, muchos nacionalistas estiman que, o las FF.AA. darán un golpe de timón que encaminará al régimen por el rumbo correcto, o bien, cuando la democracia liberal regrese y entre en crisis nuevamente, ante la amenaza marxista, las FF.AA. intervendrán para salvar a la patria y, sin duda, en esta ocasión si harán la postergada revolución...

Todo este análisis, deliberadamente irónico, nos está demostrando que, evidentemente, el nacionalismo ha errado persistentemente al atribuir a las FF.AA. una especie de destino manifiesto en cuanto a ser el instrumento histórico para la realización de la revolución nacional. Una serie de factores y señales evidentes deberían haber hecho comprender que, por su formación, las FF.AA. en general son



mas bien defensores del orden burgués. El solo antimarxismo no es suficiente, ni mucho menos, para asignarles un rol que no desean ni buscan. No cabe duda que, en ocasiones, han existido oficiales aislados, o grupos de ellos, que han adherido al ideado nacionalista, pero estas esporádicas ocasiones no permiten generalizar y enfocar todo un análisis político por esa vía. Incluso el antimarxismo de las FF.AA. solo considera la subversión armada comunista, con exclusión de todas las otras formas de acción que esta ideología utiliza. El uso del nombre del nacionalismo eventualmente por parte de las FF.AA., sin mayor respaldo doctrinal, no debería haber sido factor de confusión para los nacionalistas y sus dirigentes, especialmente, quienes deben tener la preparación conceptual y la capacidad de análisis necesaria para no caer en errores políticos que comprometan su actuación por décadas tras objetivos falsos.

El nacionalismo no debe buscar “sacar las castañas con la mano del gato”. Su misión histórica es la realización de la revolución nacional, y su incapacidad para cumplir con ella no debe constituir motivo para elaborar una falsa dialéctica de la historia. Debemos comprender que la historia no está hecha, debe hacerse y para ello hay que operar día a día, constantemente, sobre ella.

Asociado el mito del destino manifiesto de las FF.AA. está aquel de que la democracia liberal cae por su propio peso y que en tal evento, sólo caben dos alternativas: la revolución marxista o la revolución nacional. En la realidad, la democracia liberal se ha demostrado como un cadáver más vivo de lo que se pensaba, con una gran capacidad para generar de su propio seno fórmulas de compromiso y de cambio aparente, sin alterar en lo más mínimo su propia naturaleza. Las proposiciones socialistas democráticas, el neoliberalismo, el marxismo no leninista, etc., son algunas de las facetas de aparente renovación que la democracia es capaz de generar para hacer frente a su desajuste como sistema con la realidad social. Por otra parte, aún cuando este sistema efectivamente entrara en una crisis definitiva, a todas luces el nacionalismo no estaría en condiciones de manejar el proceso de cambio hacia una sociedad distinta, resultando en estas circunstancias ganadora aquella fuerza política que haya entendido que los procesos sociopolíticos deben ser guiados (aun cuando su ideología les enseñe que los procesos son irreversibles). El nacionalismo debe aprender de tal lección y organizar su acción en orden a ser un protagonista de la historia, y no un mero observador.

La acción del nacionalismo durante el gobierno de la Unidad Popular ratifica muchos de los juicios críticos aquí expresados y muestra hasta qué punto tal acción puede ser calificada de reaccionaria (no en el sentido marxista de la palabra, sino queriendo significar que su acción se produce sólo como reacción a los hechos). Aún atado por fuertes lazos con la derecha tradicional, irá decantando posiciones con extrema lentitud. Grupos de vanguardia, como el Frente Nacional Patria y Libertad, mostrarán una evidente evolución durante este periodo, desde sus primeras declaraciones, manifiestamente teñidas de derechismo y de democratismo, será capaz de llegar al documento denominado “Declaración de Temuco”, en el cual se define como un movimiento revolucionario, que intenta sustituir la sociedad burguesa demoliberal y capitalista, por una sociedad nacionalista, demofuncional e integracionista. Desgraciadamente estas definiciones llegarán demasiado tarde, cuando el nacionalismo, debido en parte a la propaganda adversa y en parte a su propia ambigüedad, ya ha sido identificado por la opinión pública como ultraderecha. Las definiciones más acabadas y más aclaratorias que, en este sentido, pueden haber realizado otros grupos (MRNS, Tacna, FREN, etc.) se pierden en la marginalidad en que operan dichos grupos, cuya participación en este periodo puede calificarse de prácticamente nula. La incapacidad o la indiferencia frente al análisis político realista mantendrá la división entre las distintas expresiones del nacionalismo, no siendo suficiente para eliminar tal división ni



siquiera le vidente radicalización del proceso en tránsito al socialismo que se está viviendo. Los intelectuales, refugiados en sus torres de cristal, no aportarán a realizar el necesario análisis. El nacionalismo gastará sus escasas fuerzas en el activismo inmediatista, necesario, pero no suficiente, y así llegará el 11 de septiembre. A pesar de que este hecho obedece a una presión social que ha sobrepasado las estructuras de los partidos políticos de oposición, y que se manejan, están dentro de la óptica nacionalista, el nacionalismo no puede sentirse autor del “alzamiento nacional” que culmina con la intervención militar. Estos hechos solo confirman algunos de sus planteamientos, pero dista mucho de ser el conductor real del proceso. Esto quedará confirmado con la dinámica que a costo andar adoptara el gobierno militar, una vez superada la crisis económica de 1974-1975, con la afirmación de las políticas financieras neoliberales, y con la afirmación y la concentración del poder en el General Pinochet. El nacionalismo, insuficientemente preparado para influir en el proceso, fragmentado a extremos patéticos en una confusión de lealtades y resentimientos, sólo podrá asumir el rol de espectador crítico frente a una dinámica que le es ajena. Los intentos de unidad producidos serán destrozados por la confusión absoluta entre medios y fines, entre contingencia y principios, entre tácticas y estrategias, y por las diferencias estrictamente personales entre sus dirigentes. Las nuevas generaciones que acceden al conocimiento de la doctrina en forma quizás más razonada que sus antecesores, no han logrado superar esta situación y, aun cuando no comparten las causas de las divisiones, han terminado por resignarse a ellas casi como una fatalidad insoslayable. De este modo, el nacionalismo parece condenado a repetir interminablemente la historia y a estar siempre partiendo de cero.

Mirando adelante

A pesar que el objeto de este estudio es lograr, como dijimos, una imagen didáctica del nacionalismo chileno, no podemos terminar sin expresar, sintéticamente, cual es nuestro parecer respecto de la historia real de esta corriente política chilena, cuyos postulados suscribimos, y de cuyo destino somos parte. Como representantes de una generación que ha visto derrumbarse gran parte de nuestros mitos, que ha sido testigo de los hechos más trascendentes que han acaecido en Chile en este siglo, y que verá en plena madurez el cambio de siglo y el inicio del milenio, afirmamos explícitamente nuestra convicción que en Chile debe construirse un orden nuevo, basado en los principios que el nacionalismo ha plasmado en el transcurso de la historia, sobre una estructura corporativa del Estado, sustituyendo el orden económico capitalista por un sistema que, respetando la libertad y la propiedad, la encuadren en las exigencias del bien común y de la justicia social. Creemos que Chile debe integrarse en el concierto de Hispanoamérica, buscando fortalecer la independencia y la soberanía, la integración y la cooperación. El nacionalismo debe buscar adecuar su lenguaje y sus formas de expresión de modo de lograr encarnarlos en el pueblo. Al mismo tiempo que debe mantener la mayor ortodoxia en sus principios, debe flexibilizar sus formas y sus métodos, distinguiendo forma y estilo. Debe fortalecer la mística y el estilo de milicia, pero no debe deformarse estas características positivas, transformándolas en caricaturas. Es necesario, para lograr la unidad, superar la contingencia esterilizadora en función de los objetivos permanentes, a través de un pragmatismo bien entendido y reflexivo. La nueva generación debe hacer oír su voz y entregar su aporte renovador. Debe acabarse con las capillas personales y romper con un mal entendido sentido de la jerarquía. No hay dogmas ni tabúes en la acción, sólo en la doctrina. No hay jefes infalibles. El movimiento debe basar su actuar político en el análisis permanente, no en la institución de un líder ilusionado. La necesaria organización unitaria que el nacionalismo debe darse debe tener un explícito carácter nacional, popular y revolucionario. Esta misma definición debe hacernos estar alertas frente a las desviaciones izquierdizantes, motivadas por la contingencia que vivimos y por la natural rebeldía de la juventud. Del mismo modo,



debemos estar alertas frente a la tentación de las alianzas de la derecha en función de un mal entendido anticomunismo. Toda táctica es posible, pero ella debe obedecer al análisis y a la reflexión, y no al instinto o a la costumbre.

Afirmamos que, para lograr sus objetivos, debemos realizar un enorme esfuerzo, intelectual y humano, reconociendo con honestidad nuestros errores, haciendo una descarnada autocrítica, y aportando cada uno una dosis de humildad y de generosidad que permitan el entendimiento. Si esto no se logra con las actuales cúpulas, la juventud deberá constituirse en generación y, con la lucidez y el conocimiento de los errores cometidos, ofrecer a la patria una opción renovada.

Sólo conociendo nuestra historia podremos construir nuestro futuro.

Mayo de 1987

Originalmente publicado en:

Vásquez, J. A. (1987) Nacionalismo: visión crítica. *Acción*, 1, pp. 2-11

=====

Esta transcripción electrónica **no tiene objeto comercial**, y está destinada únicamente a la difusión de la obra con fines de crítica, ilustración, enseñanza e investigación, expresándose su fuente, título y autor, conforme estatuye la Ley nro. 17.336, sobre propiedad intelectual.